

Título: Juventudes rurales y arraigo. Aportes desde un abordaje comparativo.

Autoras: Aymarará Barés (CONICET, UNRN), Mercedes Hirsch (UBA) y María Luz Roa (CONICET, UBA)

Contacto: aymarabares@gmail.com - m.mercedes.hirsch@gmail.com - chiluz_84@hotmail.com

Palabras clave: ARRAIGO, MOVILIDADES, JUVENTUDES RURALES, JUVENTUDES INTERSTICIALES, TERRITORIALIDAD.

1. Introducción

El arraigo es una problemática extensamente abordada en temáticas ligadas a las juventudes rurales, ya sea en torno al análisis de las posibilidades materiales para desarrollar proyectos de futuro -considerando las ofertas educativas, las posibilidades de la estructura productiva, los mercados laborales y las estrategias de reproducción familiar-; así como las identificaciones y espacios de pertenencia juveniles propios de multiterritorialidades rur-urbanas y movilidads físicas y virtuales.

En este trabajo proponemos problematizar la noción de “arraigo” desde las perspectivas de lxs jóvenes en la ruralidad argentina: ¿qué es el arraigo para lxs jóvenes? ¿qué territorialidades construyen? ¿qué identificaciones se vinculan al campo, la ciudad y el barrio? ¿cómo se siente el arraigo?

Realizamos un análisis comparativo de dos casos de jóvenes¹ rurales ligados o no a trabajos desarrollamos en ámbitos rurales. En primer lugar, consideramos una investigación etnográfica sobre jóvenes cosecherxs de yerba mate –tareferxs- de la provincia de Misiones que residen en barriadas de colonias rurales y en barrios periurbanos de las ciudades intermedias de Oberá y Montecarlo y en la colonia yerbatera de Comandante Andresito². Estxs jóvenes son quienes

¹ Tomamos la definición de las Naciones Unidas considera jóvenes al rango de 15 a 24 años, la cual se condice en estos casos con las concepciones locales de juventud.

² Presentamos reflexiones basadas en diez estancias de campo etnográfico realizados entre 2008 y 2017 en las localidades de Oberá (zona centro) y Montecarlo (zona norte) (ver Roa, 2015, 2017a, 2018), y dos estancias de trabajo de campo en 2019 y 2022 en Montecarlo y Comandante Andresito (zona norte que linda con la triple frontera de Argentina, Paraguay y Brasil). En ellos se realizaron observaciones participantes en los barrios, escuelas y yerbales donde transitaban estxs jóvenes, entrevistas en profundidad, focus groups con técnicas de performance-investigación. Se presentaron resultados previos de esta investigación en formatos académicos escriturales tradicionales ya sea tesis, libros y artículos (Roa, 2015, 2017), y en una obra de teatro etnográfico llamada “Carne oscura y triste ¿qué hay en ti?” (dir. María Luz Roa) que se presentó en las comunidades tareferas donde se realizaron los relevamientos.

tienen las peores condiciones laborales de un trabajo rural históricamente precario; al mismo tiempo que la falta de trabajo y vivienda, y los altos índices de deserción y repitencia escolar hacen que se les dificulte integrarse en las ciudades. En segundo lugar, presentamos una investigación cualitativa de jóvenes de familias campesinas rurales que se dedican a la cría extensiva de ganadería ovina y caprina de Ñorquin Co, ubicada en Río Negro, y Cushamen, ubicada en Chubut³. Actualmente estas familias sufren la escasez de tierras para una producción que les permita vivir dignamente a todos los miembros de la familia, y por tanto son lxs jóvenes quienes migran en búsqueda de trabajo y ‘ayudas económicas’ que permitan a algún integrante de la familia seguir cuidando del campo familiar.

A partir de estos casos nos preguntamos ¿el arraigo sigue siendo una opción para los proyectos de futuro de las jóvenes generaciones del espacio rural en Argentina? ¿Cómo se articulan los proyectos de futuro de los y las jóvenes a las estrategias familiares de reproducción y a los proyectos y políticas que fomentan el desarrollo local en los espacios rurales? ¿Qué cualidades sensibles, emocionales, corporales y prácticas caracterizan el arraigo desde la perspectiva de lxs jóvenes?

Creemos que la diversidad de sentidos y prácticas analizados tensionan el modo tradicional de abordar la noción de arraigo, proponiéndonos, a partir de este trabajo, desplegar los modos en que estas trayectorias juveniles resignifican la problemática.

2. Juventud rural y arraigo

El desarraigo es un tema que atraviesa a la ruralidad en sí misma, como problemática abordada desde la academia –aunque no solamente por ella– y, en particular, a lxs jóvenes como sujeto social atravesado por los clivajes de edad y lugar. En el campo de estudio de las juventudes rurales, la migración aparece como uno de los ejes problemáticos sobre el que se ha estudiado en particular a lxs jóvenes ligados a la ruralidad, y en conjunto con ella la problemática del desarraigo.

El desarraigo hace referencia a diferentes aspectos que atraviesan la migración, por un lado, podemos entenderlo ligado al cambio de prácticas sociales, productivas, culturales que realizan

³ Consideramos información basada en el trabajo de campo desarrollado en el marco de la investigación doctoral desde 2014 hasta 2019. En este contexto se trabajó por un lado con jóvenes que asistían en esos años a la escuela secundaria, mediante observación, entrevistas, encuestas, focus groups en las escuelas 7709 de Cushamen, y la hoy, ESRN 110 de Ñorquin Co. Así mismo se realizaron encuentros sucesivos con jóvenes que habían dejado o terminado la escuela secundaria, algunxs se encontraban estudiando o trabajando en otras localidades y provincias, algunxs habían vuelto a sus comunidades -luego de haber vivido en otras localidades- y algunxs que se quedaron en las mismas trabajando. Los resultados de este trabajo se han compartido en diferentes publicaciones (Barés, 2014, 2016a, 2016b, 2017, 2018).

los sujetos al modificar no sólo su lugar de hábitat sino también al pasar de poblaciones reducidas ligadas a la actividad agrícola ganadera a poblaciones más numerosas con una diversificación de actividades productivas y de servicios. Es decir, el desarraigo podría verse o entenderse –dependiendo el enfoque interpretativo– como la pérdida de ciertos atributos, prácticas, construcciones de sentido en función de estos cambios. Por otro lado, el desarraigo denomina a las emociones, sentimientos, que embargan a las personas al dejar el lugar en el que nacieron y crecieron, donde se encuentran sus principales redes afectivas de socialización, en este caso en la migración rural-urbano, lo que resulta en efectos diversos en su construcción identitaria y procesos subjetivos.

El trabajo inaugural de las trayectorias de dos sociólogos de renombre internacional nos invita a pensar en los condicionantes estructurales e históricos que atraviesan los procesos de migración que responden a las lógicas productivas impuestas por el capitalismo extractivista – en plena vigencia en nuestro siglo XXI. Bourdieu y Sayad (1964 [2017]) describen en El desarraigo los efectos de las comunidades rurales de Argelia en el proceso de reordenamiento territorial (campos de concentración) llevado adelante por el gobierno francés ante la revolución independentista que rompe con el sistema colonial instalado desde 1830. Un proceso que, a quienes vivimos en Latinoamérica y en particular, en Argentina y Chile, puede recordarnos al proceso acaecido a partir de las campañas militares de fines del siglo XIX del Estado nacional sobre las poblaciones originarias, tanto al norte como al sur del país en nuestro caso. Los autores trabajan sobre los procesos de dominación colonial y poscolonial, tanto en la educación y la cultura como en los procesos migratorios, expulsores de la población tanto de la zona rural a la urbana, como de las colonias a los países colonizadores.

Los reagrupamientos sociales son expuestos como política sistemática que llevan al disgregamiento de las formas comunitarias de organización tradicional, basadas en la solidaridad, reciprocidad y trueque. La ‘pacificación’ (sic) establece el desarrollo de la economía capitalista, lxs campesinxs engrosan la fila de obrerxs y asalariadxs. En este sentido, resulta necesario comprender las migraciones no como deseo sino más bien como desplazamientos forzados, en el caso del trabajo mencionado visiblemente desahuciados de sus residencias ancestrales, empujados a los suburbios de las ciudades francesas, una huida forzada de la miseria. Asimismo los autores abordan las consecuencias en relación a la forma que, en términos de construcción identitaria, se construyen dos únicas opciones la de subsumirse en una identidad que no es la suya, ‘el derecho a ser mediante la renuncia a seguir siendo quienes son’, o la subordinación.

Es interesante detenerse en el modo de pensar esas identidades ligadas a lo rural, explican los autores que “el campesino sigue siendo campesino en tanto en cuanto no puede concebirse de otra manera que campesino”; que “el auténtico campesino debe permanecer fiel a los valores campesinos, aún en el caso de que haya de enfrentarse con la vida urbana” y que es campesino quien “sigue el camino de su padre, de su abuelo” (Bourdieu y Sayad: [1964] 2017: 133); en donde la noción de arraigo, o apego es fundamental: “el campesino se define por su apego a sus tierras y a su ganado” (Bourdieu y Sayad: [1964] 2017:143). En este sentido, “El emigrado debe asistir bastante a menudo a las asambleas para mantenerse informado de la vida de la aldea” y “ha de manifestar su apego a las tierras de la familia”, por lo que debe “visitar la tierra y ‘reanudar los lazos’ con ella” (Bourdieu y Sayad: [1964] 2017: 134). Sin embargo, dicen los autores, donde el trabajo asalariado y la emigración, la escolarización, primaron y el producto (salario) deja de ser un recurso suplementario de apoyo para convertirse en el principal recurso de la comuna rural, se debilitan este tipo de ‘controles’ y valores.

En diálogo con trabajos recientes ubicados en países vecinos latinoamericanos consideramos que es posible ampliar la noción de arraigo/desarraigo atravesándola con las transformaciones acaecidas tanto en las formas de espacialización como en las teorías que nos permiten pensar los fenómenos sociales ligados a procesos complejos en relación a construcciones identitarias y subjetividades. En Uruguay, Sánchez Vilela y Borjas (2021) abordan la problemática de lxs jóvenes rurales que migran no necesariamente por el destino en sí sino como un medio para conseguir objetivos diversos. Las autoras coinciden en que las tecnologías de la información y la comunicación (tic’s) son un modo de mantener el contacto entre el lugar de origen y los vínculos afectivos ligados al hogar y a los amigos. Siendo que además el celular proporciona un sensación de cohesión con espacios seguros y exorcizar los fantasmas de la otredad (Winicour, 2008 en Sánchez Vilela y Borjas (2021)).

Así mismo, en Chile, Vazquez Wiedeman y Vallejos Quilodrán (2014) exploran los cambios que produce la ampliación de la oferta de educación superior en la región. Afirman que esto genera un impacto en la conformación del horizonte de expectativas laborales en jóvenes. Las autoras trabajan en el marco de la ‘nueva ruralidad’ contemplando la permeabilidad en las formas productivas que trae una atención a los procesos de construcción sociocultural lo que deviene en instancias de hibridación que se expresan en los proyectos de futuro de lxs jóvenes. Entendiendo a la ruralidad más como proceso que como estructura, las autoras retoman la hipótesis de entender la inestabilidad e incertidumbre como fases que hoy caracterizan a los territorios rurales (Canales 2005 en Vazquez Wiedeman y Vallejos Quilodrán, 2014). Y comprenden al desarraigo como efecto de este capitalismo globalizado sostenido en la

conectividad permanente y la hibridación (Vazquez Wiedeman y Vallejos Quilodrán, 2014:93). Así mismo mencionan un desarraigo paulatino (Gomez, 2002 en Vazquez Wiedeman y Vallejos Quilodrán, 2014) que se relaciona al desvínculo entre el lugar de habitat y el lugar de trabajo. En este sentido, entendemos que la propuesta de las autoras se vincula al trabajo clásico de Bourdieu y Sayad ([1964] 2017), ya que plantean que hay una relación directa entre la integración a la sociedad global y el desarraigo (disociación tierra, capital y trabajo). Retomando la diferenciación de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) entre migración de retorno y la migración circular, plantean que hay fuerzas centrífugas que expulsan a lxs jóvenes y fuerzas centrípetas que les hacen regresar.

2. “El barrio, la colonia, la estepa y la precordillera”: desplazamientos y espacialidades juveniles

Los territorios, retomando a Massey (2007), no pueden ser simples y coherentes, por lo que movimiento y fijación, espacio y tiempo no son contrarios, sino parte de fenómenos complejos. No existe un territorio que podamos llamar “rural” separado del “urbano”, como no existen esencias que definan a lxs “jóvenes rurales” sólo por su residencia. Preferimos hablar así de movilidades físicas, desplazamientos, antes que migración, ya que los movimientos que forman parte de sus trayectorias escolares, residenciales y laborales no son de una vez y para siempre.

2.1 Entre el campo y la ciudad: hallarse en el barrio

Para el caso de Misiones, el sector tarefero conforma un segmento de población que desde mediados de los años '90 migró de las colonias rurales a barriadas periurbanas de las ciudades intermedias de Oberá y Montecarlo, mientras que en el caso de Andresito, al ser una localidad con yerbales de alto rendimiento más recientes, en los últimos 10 años se da una migración de otras ciudades a recientes barriadas periurbanas. Dada la creciente inestabilidad laboral de lxs obrerxs rurales, la segmentación entre el mercado laboral urbano y rural –que deja a lxs recién llegadxs como única posibilidad laboral la *tarefa*-, las características del mercado de trabajo yerbatero, y las formas de asentamiento en los barrios mediante la ocupación de terrenos, es recurrente que las familias deambulen de barrio en barrio (en función de las posibilidades de conseguir mejoras en las casas o la propiedad de los terrenos según los planes de la municipalidad) y de ciudad en ciudad, según los trabajos que se consigan -en su mayor parte rurales-, y en ocasiones tienen períodos de residencia en chacras de patronos donde podrían trabajar durante un tiempo.

En estos barrios lxs niñxs y jóvenes cuentan con escuelas primarias y secundarias en las cercanías de la mayoría de los barrios periurbanos y rurales, por lo que los movimientos suelen vincularse a mudanzas reiteradas propias de cambios laborales de sus padres y madres (en empleos rurales como la tarea y urbanos como la construcción o servicio doméstico) o migraciones breves de lxs propixs jóvenes para “probar suerte” (ver trayectorias en Roa, 2015; 2017b).

En estos casos, las movilidades son aún mayores, por lo que sus trayectorias residenciales incluyen, no sólo implican, un movimiento campo-ciudad entre ciudades intermedias de la provincia o hacia grandes urbes de la provincia de Buenos Aires, sino también ciudad-campo por la atracción de las posibilidades de conseguir trabajo en las cosechas de yerbales de alta densidad como en el municipio de Andresito que recibe migrantes de toda la provincia. En este caso las movilidades también se vivencian tempranamente en la vida de lxs jóvenes ya sea por acompañar a sus padres, madres o hermanxs a las cosechas en diferentes puntos de la provincia haciendo campamentos en las cercanías de los yerbales, o por mudanzas reiteradas entre ciudades intermedias de Misiones, o a grandes urbes de Buenos Aires. Desde gurices –niñxs- lxs jóvenes “están” en este ir y venir de ciudad en ciudad, de trabajo en trabajo, de escuela en escuela. Más allá de las trayectorias posibles, lxs jóvenes reconocen al “barrio” –y no la escuela- como el lugar de pertenencia y sociabilidad juvenil principal, y como lugar de retorno donde se “hallan” junto con sus amigxs. Estas trayectorias residenciales zigzagueantes, se corresponden con trayectorias zigzagueantes en las escuelas de las barriadas (teniendo casos límites en Andresito donde jóvenes iban de escuela a escuela según el campamento de cosecherxs) y en el mercado laboral yerbatero, donde lo que prima es el día a día según dónde se coseche. Es así, que los barrios se constituyeron en territorialidades en las que se socializaron lxs actuales jóvenes, ámbitos de pertenencia que, no sólo presentan carencias materiales, sino también simbólicas al estar atravesados por una estigmatización territorial.

Las familias de los barrios son llamadas por lxs docentes de escuelas y trabajadorxs sociales locales “familias golondrina” por el movimiento inherente a sus dinámicas territoriales, sólo que a diferencia de años atrás en que existía cierta estabilidad en sus migraciones –orientadas hacia los grandes centros industriales urbanos, o según los ciclos de cosechas en Misiones o Corrientes-, en la actualidad los mismos son esporádicos e irregulares, así como hay un ir y venir del barrio a la gran ciudad. En este sentido, la mayor parte de las familias de los barrios bajo estudio tienen migraciones temporarias hacia las grandes urbes de la provincia de Buenos Aires (CABA, La Plata o Mar del Plata) o a ciudades de la región patagónica (únicamente para los casos de Montecarlo).

Las posibilidades de migración son mayores para los jóvenes varones o para familias en etapa de constitución, y si cuentan con redes sociales (fundamentalmente familiares) a través de las cuales puedan instalarse en la ciudad y conseguir trabajo. En este marco, las migraciones se dan con la familia completa durante períodos prolongados como años, o migra el padre solo, la madre sola -en el caso que siendo madre soltera sus hijos queden bajo el cuidado de sus padres-, o el hijo varón joven durante la interzafra, quedándose durante el tiempo en que dure su trabajo. Existen numerosos casos de familias o jóvenes que migraron de forma definitiva a las grandes ciudades, lo cual es visto localmente como una posibilidad de ascenso social alejado del trabajo en la cosecha (Barés y Roa, 2020).

En este sentido, puedo diferenciar motivos materiales y subjetivos (ver Roa, 2015, 2017a) de retorno a los barrios. Los primeros refieren a la inestabilidad laboral –en empleos temporarios precarios mayoritariamente urbanos- y a las dificultades para conseguir vivienda en la gran ciudad, al mismo tiempo que con la urbanización de las barriadas en Misiones la municipalidad brinda la posibilidad de regularizar las ocupaciones de los terrenos o la construcción de viviendas.

Son los motivos subjetivos los principales a la hora de tomar la decisión del regreso: la totalidad de los casos entrevistados manifestaron la dificultad de “hallarse en la gran ciudad”. ¿Qué significa esto? En el litoral argentino y Paraguay la noción de “hallarse” refiere al sentirse cómodo, estar a gusto, a “sus anchas” en un espacio o ámbito que se siente como propio. A diferencia del barrio, en donde los vecinos se conocen entre sí, donde la cotidianeidad de la existencia es desde un estar en familia y con el vecino –ya sea en el ámbito doméstico, los campeonatos de la liga de fútbol, la vida en el yerbal con el vecino que es compañero de cuadrilla, los tererés por las tardes, las celebraciones en los templos que concentran actividades juveniles, la escuela, etc.-; quienes migran sienten el mayor de los desarraigos en la gran ciudad: allí se vive en soledad, alejado de la familia extensa, no se conocen a los vecinos, “hay que andar atento todo el tiempo” por las mayores posibilidades de hechos de inseguridad, no se puede estar en la calle y menos aún en la chacra, la gente es desconfiada y son parados por la policía reiteradamente. Esta dificultad de “hallarse” es uno de los principales motivos por los que las familias o los jóvenes retornan a los barrios.

Koala tiene 20 años y vive en la casa de su madre cerca de Cuatro Bocas, frente a la proveeduría de la Cooperativa. Su casa consta de tres ranchos contiguos de madera pintados con vivos colores, y un amplio terreno con plantas frutales, una huerta, muchísimas orquídeas, tres perros flacos y mimosos, un gato cachorro y gallinas. Esa tarde pasamos por su casa y nos quedamos tomando tereré con él y su mamá. Nos contó que a sus 17 años dejó la escuela (estaba en 7° grado) porque ya había repetido

demasiados años. En ese momento estuvo un año “al pedo, así boludeando” haciendo algunas changas esporádicas. Se anotó para entrar a trabajar en el secadero pero no lo llamaron, “porque ahí todos entran acomodados” –me dijo-. Entonces se fue a probar suerte a Buenos Aires, ya que tenía un amigo que se había ido allá. Se fue a vivir al barrio de Once con él. En Once trabajó en una pizzería de mozo –allá podía comer todo lo que quisiera- y después en un local de judíos vendiendo ropa. No le gustaba salir por miedo a perderse. Un día salió tranquilo a caminar –le dicen Koala porque siempre está tranquilo y va lento por la vida- y la gente lo atropelló. Caminó sólo unas cuadras y volvió porque todo era igual y tenía miedo de no encontrar el departamento luego. A pesar de que pudo conseguir trabajo no se hallaba porque estaba solo todo el tiempo y no tenía con quien salir o hablar. Su amigo trabajaba todo el día y no lo veía nunca. También tenía un hermano en la ciudad, pero no lo veía porque vivía lejos y para eso tenía que viajar. Dos meses después sacó un pasaje, le mandó un mensaje a su mamá y volvió al barrio. Me dijo: “volví todo blanco, de tanto estar encerrado”. A su regreso su mamá habló con Antonio a ver si tenía un lugar para él en la cuadrilla. En la temporada siguiente lo llamó y desde entonces tarefea. A diferencia de Buenos Aires le gusta estar en el barrio porque es tranquilo y conoce a todos. Él suele estar mucho en las viviendas porque allí tiene sus amigos. A veces le dejan la llave para cuidar alguna casa, y se queda unos días allá.

Charla con Koala. Cuaderno de Campo III, Montecarlo. Abril del 2013.

Las migraciones temporarias o fallidas se vivencian como una serie de recorridos marcados por el no lugar, en un proceso indefinido de estar ausente en pos de algo propio. Las mismas parecen definirse en una lógica de vagabundeo, una red de estadías adoptadas por la circulación, que culminan en “volver al barrio”, la instalación definitiva, y en muchos casos la clausura de expectativas de ascenso social.

Por otro lado, con el asentamiento de las familias en los barrios y la mayor estacionalidad en el empleo agrícola, se fueron urbanizando las ocupaciones durante la interzafra, las cuales contemplan una creciente multiocupación urbano-rural de manera que pueda completarse el ciclo anual con otros empleos en los períodos interzafrales. Vemos así cómo se da una localización e hibridación de los mercados de trabajo a la que, siguiendo a Susana Aparicio y Marcela Crovetto (2010), puedo llamar mercado de trabajo rururbanos. En estos territorios, la dicotomía campo-ciudad o rural-urbano responde más a delimitaciones administrativas que a líneas de demarcación social.

2.2 Entre la estepa y la precordillera

El trabajo de investigación en el límite interprovincial Río Negro - Chubut, entre la cordillera y la estepa, que se despliega en las localidades de Ñorquin-co y Cushamen y parajes rurales

aledaños a las mismas, se inicia a partir de la problematización de emergentes ligados a las juventudes, que a partir de la instalación de las escuelas secundarias en los pueblos (2004 en Ñorquin Co; 2010 en Cushamen), comenzaron a ser visibles.

Estas localidades se asientan en reservas y colonias indígenas creadas post campañas militares encabezadas por el Gral. Roca, durante la presidencia de Avellaneda que permitieron mediante la persecución, entraderas, hostigamiento, torturas y encierro en campos de concentración la expropiación del territorio a los pueblos originarios que poblaban –y pueblan– el territorio al sur del río Colorado (Mases, 2010). Así como el gobierno argentino de la época modificó las políticas hacia los pueblos originarios de estos territorios orientándolas al exterminio, también el gobierno chileno encabezó, al mismo tiempo, sus propias campañas que se denominaron colectivamente como ‘Pacificación de la Araucanía’. Esto generó que el espacio territorial que se piensa de forma integral, por parte de las comunidades, como Wallmapu, se parcializara tomando a la cordillera como un límite político y frontera nacional (Tozzini, 2014). Una década después, las familias sobrevivientes se relocalizaron en los territorios expropiados a partir de su propia organización, construyendo nuevos modos de interacción entre sí y con el gobierno, que en nuestro caso lideraba quien había dirigido las fuerzas militares que permitieron de forma cruenta la incorporación de las tierras al territorio nacional (Delrío, 2005). De este modo, se crearon colonias y tierras de reserva que fueron adjudicadas a las familias que empezaron a revincularse de modos que les permitieran sobrevivir (Ramos, 2010). Las estructuras prediales hoy existentes datan de hace un siglo y limitan y parcelan el modo de producción, que a grandes rasgos presentan una Patagonia latifundista, con pequeñas zonas destinadas a la población originaria, que lejos de tener resuelta la tenencia aún lidian con la precariedad de sus títulos, asentándose en territorios fiscales. A lo que se le agrega que durante estos cien años el estado nacional y luego, con su creación, los estados provinciales, generaron acuerdos con diferentes grupos migrantes como galenses y sirios libaneses que permitieron el asentamiento y la creación de mecanismos de despojo territorial que fue cercenando cada vez más a la población originaria (Delrio, 2005).

Es así que desde sus formaciones, las estructuras productivas de las colonias y reservas en articulación con la estructuras latifundistas colindantes generan un movimiento similar al descrito por Bourdieu y Sayad ([1964] 2017). Para sobrevivir las familias han desarrollado a lo largo del tiempo estrategias de permanencia en las tierras de algunxs miembrx para garantizar la posición y, por otro lado, otrxs miembrxs deben buscar trabajo fuera de su predio: como peones rurales en las estancias o albañiles en las ciudades, en el caso de los varones, y, en el caso de las mujeres, las estructuras patriarcales invisibilizaron -y aún hoy invisibilizan- sus

aportes como ‘puesteras’ -esposas del peón de estancia que se hace cargo de un puesto para garantizar el cuidado de los animales, numerosos y establecidos por cuadros en las estancias grandes- y el trabajo en casas particulares en el caso de la migración hacia las ciudades. Estas trayectorias históricas se ven modificadas en algunos aspectos, aunque se siguen reproduciendo, y podríamos decir que también se han diversificado.

Por otro lado, la incorporación del ganado ovino como modo de sustento tanto en grandes como en pequeñas extensiones -antes del avance del capitalismo, mediante la incorporación de estos territorios al estado argentino, las poblaciones eran cazadoras recolectoras, entre otras, de especies como los guanacos o choiques- trajo también el trabajo estacional, concentrándose éste para los tiempos de esquila anual y los tiempos de parición y señalada del ganado. En el caso de las grandes estancias estas tareas se realizan mediante la contratación de mano de obra estacional. Y en el caso de predios más pequeños y familiares, en algunos casos se realizaban en conjunto con otros vecinos y, más recientemente, mediante el trabajo en cooperativas agrícola-ganaderas o la contratación de alguna comparsa de esquila -en la actualidad algunas condiciones para la venta de la lana modifican este tipo de procesos, de esquila a tijera a esquila con máquinas, y un tipo de acondicionamiento particular de la fibra, incluso la selección de la raza del animal, de acuerdo al objetivo para el que se la cría (carne, lana o mixto). Este tipo de trabajo entonces promueve la migración estacional, aunque también está quien sale de esquila y va recorriendo más de un establecimiento, en las comparsas y, ya sea de modo individual o colectivo, a veces recorre más de una provincia.

Y por ahora, estamos todos fuera de la casa. Vivo en el campo, paraje El Tropezón. Terminamos todos el secundario. Y se fueron por el tema del trabajo, porque no te podías quedar en el campo, así que nos fuimos. Tengo una hermana en El Maitén y los otros están en Esquel. Y mis hermanos, los dos más grandes, terminaron en Trevelin. Mi hermano el más grande hizo nada más que 9no, se fue a la casa, estuvo un año en la casa y después empezó a salir a la campaña de esquila. Y ahí estuvo yendo más de ocho años en la Esquila, porque él era chico, tenía 19 años cuando empezó, se iban allá por Santa Cruz y eso, y volvían. Se iban capaz que cuatro, cinco meses y después volvían. Él siempre se dedicó a eso, y hace dos años dejó porque se anduvo medio como accidentando y ahora está trabajando en Esquel. (Entrevista con Carla, Cushamen, registro de campo, 2018).

Así mismo, la producción ovina en estos territorios implementa otro tipo de movilidad relacionada con las condiciones del suelo y el clima, que es tener a los animales en campos bajos durante el invierno y llevarlos a campos altos -llamados veranda- en la precordillera durante el clima más cálido, esto se debe al tipo de pastura disponible, y a la necesidad de que

los campos descansen para no deteriorarlos. Los movimientos de arreos, en una gran estancia se hacen con los puesteros y en los pequeños predios los realizan lxs miembrxs de la familia.

En esta estructura económica se asentaron las poblaciones que, desde principios de siglo XX y hasta mediados del mismo, por la accesibilidad de sus rutas y el tren se establecieron como un centro político administrativo de la región. Con la creación de nuevos caminos -ruta que conecta Bariloche con El Bolsón y Esquel- y el cese del transporte ferroviario se fueron generando otras dinámicas espaciales, incrementándose un desarrollo desigual, en que estas poblaciones quedaron entre rutas de ripios y con una estructura mínima para su funcionamiento.

Las escuelas primarias, solicitadas por las comunidades e instaladas sobre el principio del siglo XX funcionaron como usinas homogeneizadoras y ‘civilizatorias’, imponiendo una única lengua y ciertas prácticas culturales, ligadas al higienismo, que reforzaban el afianzamiento nacional (Aillaud, 2007). Las instituciones escolares fueron parte fundamental de dispositivos además de territorializantes, subjetivantes (maquinarias territorializadoras y estratificadoras de acuerdo con Grossberg, 1992), pues en ellas -y a través de ellas- miles de niñxs pasaron horas, en experiencias que produjeron efectos profundos en sus subjetividades para toda la vida. La escolarización obligatoria, que las comunidades veían como una vía de ser incorporadas a la sociedad, ejercía -y ejerce- movimientos de lxs niñxs y las familias para poder cumplir con tal requisito. Las modalidades eran -y son, dependiendo el lugar-: el traslado diario desde los parajes hasta el lugar de asentamiento de la escuela; el traslado anual o semestral -en la actualidad, en general, es quincenal-, instalándose en casas de familiares que estaban más cerca o residencias/internados/albergues. En el caso de estas últimas, es de mencionar que lxs niñxs, desde sus 5 años, pasan de estar en una institución a estar en otra institución, es decir con los regímenes propios de las mismas –aunque es necesario mencionar que los mandatos originarios han sido cuestionados y atravesados por prácticas de resignificación que proponen otros objetivos educativos que tiene al paradigma de derechos como horizonte y marco rector. Sin embargo, los efectos que estos conllevan no se descartan⁴.

Con la instalación de las escuelas secundarias en las localidades, la migración hacia otros lugares para estudiar y /o trabajar se fue modificando paulatina y progresivamente. Así mismo, hay quienes deciden, sobre todo en la zona de Cushamen, continuar sus estudios medios en escuelas agrarias más alejadas de sus lugares de origen, en pos de continuar trayectorias que se

⁴ Existen numerosos trabajos que particularizan en estos modos y experiencias, en particular mencionamos el trabajo de Barés, Moraga, Nahuelquir, Lefiñir, Muñoz, y Hube (2022) que analiza la experiencia en el mismo territorio mencionado

perciben como de ‘prestigio’ o ligadas a la posibilidad de continuar vinculadxs al campo en pos de la modalidad agraria que imparten,

Todos nosotros hicimos primario completo hasta noveno que se llamaba antes, acá en la 69 y después nos fuimos afuera. Yo estuve un año allá en Trevelín, me fue mal, me volví y hice los tres años acá en El Maitén.Una que era, bueno, en la 69 era internado, pero yo todos los fines de semana veía a mi papá, ¿viste? Irse así de un día para el otro a otro lugar y no verlo a tu papá durante seis, siete meses, ponele, es complicado. Capaz que fue por extrañar. Una que eran muchas materias, y era de ocho de la mañana hasta 5, 6 de la tarde, viste. Y era un internado, te tenías que quedar incluso en el albergue el fin de semana. Se retiraban cada quince días o un mes, eso si tenías tutor y si tu tutor podía ir a retirarte, sino te tenías que encerrar seis meses adentro del albergue. Y eso de una te embolaba mucho. Así que no, me fue mal. En diciembre me llevé cinco materias, tenía que sacar tres para pasar, y saqué nada más que dos y no las pude sacar a las demás. Me vine al campo. (Entrevista con Carla, Cushamen, registro de campo, 2018).

Lxs jóvenes comenzaron a habitar los pueblos y esto modificó las dinámicas espaciales y también el modo de ser joven. Las escuelas secundarias también cuentan con residencias/albergues/internados para que puedan estudiar quienes vienen de los parajes.

Lxs jóvenes, lejos de estar fijxs en un lugar, van trazando distintas movilidades estructuradas (Grosberg, 1992), acorde o en tensión con los condicionantes económicos, políticos, sociales y culturales que hemos ido mencionando

3. Una espacialidad en movimiento: ¿cómo se siente el arraigo?

En ambos casos analizados, las trayectorias de lxs pibxs y sus familias implican diversos trayectos entre ciudades, idas y venidas entre lo urbano y lo rural. ¿Desplazarse en el territorio les quita “lo rural” a lxs pibxs? ¿cómo se siente el arraigo?

3.1 El arraigo con el agro: hallarse en el yerbal

Así como anteriormente sostuvimos que lxs jóvenes tareferxs tienen un vínculo existencial con el barrio desde un “hallarse en el mundo”, a pesar de residir en espacialidades periurbanas, la ruralidad propia del ámbito laboral define también un “arraigo” vinculado a lo rural. Este arraigo se interpreta corporal, práctica y emocionalmente como un “hallarse en el yerbal”. En el ir y venir del barrio al yerbal se promueve una apertura del ser en el yerbal mediante la cual la existencia se hace placentera. Sentir que no llega a objetivarse como una emoción definida, el “hallarse en el yerbal” es un estado corporal difícil de traducir en palabras que condensa una pluralidad de sensaciones viscerales (ver Roa, 2017b, 2018) que proponemos comprender como una sensibilidad somática (Desjarlais, 2011). Despleguemos sus dimensiones.

En primer lugar, para lxs tareferos, la cosecha e interzafra son significadas desde pares categóricos antagónicos como alegría/tristeza, comodidad/incomodidad, no pensar/pensar, ruido/silencio, tranquilidad/quebranto, prosperidad/miseria, armonía/peleas, etc. Desde un punto de vista económico, para una población subocupada como la *tarefera*, el momento de cosecha claramente es el de mayor prosperidad, ya que es cuando tienen un trabajo estable durante la mayor parte del año -lo cual en ciudades como Oberá, Montecarlo y Andresito repercute en el aumento del consumo local de manera directa-. Asimismo, la interzafra está marcada por un tiempo libre de frustración y desdicha, el quebranto del hambre, la pérdida de la dignidad de un trabajador sin trabajo, la vergüenza de la pobreza, el silencio.

¿Cómo comprender esta alegría durante la cosecha, si en otros trabajos hemos definido al yerbal como un mundo sufriente y las trayectorias *tareferas* marcadas por un sentido trágico de la vida (ver Roa, 2012, 2017b, 2018)? Desde un punto de vista existencial esta alegría, bullicio e intensa actividad que caracteriza el “hallarse” en la cosecha, da cuenta del vivir siendo *tarefero* durante un momento en el año en el que se ocupa un lugar respetado en el mundo desde el “ser trabajador”. En este sentido, considerando la subocupación y desocupación de lxs cosecheros durante la interzafra y la discriminación vinculada a la figura del tarefero, lxs *tareferos* se esfuerzan por dissociarse de la figura del desocupado, estableciendo microjerarquías en las que se diferencian de “los vagos y malandras” sobre los que se transmite la injuria.

En segundo lugar, el “hallarse” repercute al interior de la esfera familiar, porque durante la cosecha el *tarefero* es el mayor proveedor económico del hogar –ya sea hombre o mujer- y por ende asume mayor poder de decisión en las disputas entre los géneros y generaciones, algo que para lxs jóvenes resulta fundamental.

Así el “hallarse *tarefero*” se vincula a un *habitus* de clase y valoración de la dignidad del sufrimiento en el yerbal. El mismo da cuenta del “estar inmerso en el mundo” del que nos habla Kusch (2020), un estar en donde la existencia cobra sentido. Esto sucede porque el *tarefero* “se halla en el yerbal” mucho más que en el hogar, o en otra changa ya sea urbana o rural.

Es así que en principio puedo interpretar el “hallarse en el yerbal” como una disposición corporal inherente a un *habitus tarefero*, disposición que es producto de una exposición a un mundo en el que se está comprendido. Durante la cosecha el sujeto despliega una disposición a ir al yerbal reiteradamente y a una concentración en la kinestesia *tarefera* que se corresponde con la estrategia del trabajador a extraer la mayor cantidad cosechada –estrategia que no es producto de una verdadera intención estratégica ya que es intrínseca a la disciplina del trabajo a destajo-, y que se vivencia como un “no pensar” en otra cosa que no sea la *tarefa*. Muñeco –capatáz de una de las cuadrillas a las que acompañé en 2013- me dijo una mañana: “Hallarse

en el yerbal es no querer ir. Uno se levanta y quiere ir al yerbal, y cuando no va al yerbal extraña.”(Notas de campo III. Montecarlo, julio del 2013). En este sentido, cuando preguntaba por qué se quedaban en el barrio, muchos pibxs y adultxs me respondían “*yo soy de chacra, no me hallo en otro lugar*”. El “*querer volver al yerbal*” del que es justamente la disposición dada por la corporización del conocimiento práctico *tarefero* y la constitución de una corporalidad inmersa en el yerbal.

Estos principios generadores y organizadores de la práctica permanecen en el cuerpo a lo largo de la vida. Por ello muchxs *tareferxs* jóvenes y adultxs vuelven a *tarefeare* tras haber migrado a Buenos Aires u otras ciudades en búsqueda de trabajo. Porque es en la cosecha, en el yerbal, en la kinestesia *tarefera*, en el estar-con-la-cuadrilla cuando el sujeto se “halla” en el mundo. Un mundo que lo comprende de manera dóxica, ya que allí está “a sus anchas”, utilizando un capital corporal poco valorado en otro tipo de trabajos o ámbitos finitos de sentido, las ocupaciones contraestacionales en el agro cada vez son más escasas, mientras que las changas urbanas requieren de otro tipo de habilidades y ya no existen tareas contra-estacionales en el propio predio. En este sentido, la urbanización de lxs *tareferxs* y su creciente multi-subocupación conllevó para lxs jóvenes una apertura del ser del mundo marcada por una existencia escindida en la que se alternan momentos en que el sujeto se “halla” y no se “halla” en el mundo.

En segundo lugar, aquellxs jóvenes que llegan a “ser *tareferxs*” en su estar-en-el-yerbal adoptan una clausura cognitivo-emocional respecto al dolor y quebranto de un mundo sufriente que lo sitúan en un espacio-tiempo en común con la cuadrilla “sin pensar” en las preocupaciones y dolores que lo acechan. Esta epojé existencial lo habilita a integrarse a una disposición anímica socialmente construida y transmitida miméticamente por la cuadrilla desde una fusión perceptiva sonora, en la que juega un rol fundamental el grito *sapucaí* como tecnología del yo. Dicha disposición *sapucaí* habilita de manera refleja la tonicidad muscular y kinestésica necesaria para la práctica *tarefera*, despertando las disposiciones prácticas de los sujetos en el yerbal. Así, el estado alegre del yerbal permite que el sujeto se “halle en el yerbal” en compañía de la cuadrilla adoptando una disposición corporal a retornar día tras día y sintiendo en el monte una “libertad *tarefera*” como en ningún otro ámbito finito de sentido, más allá de las condiciones precarias de trabajo (ver Barés y Roa, 2020).

3.2 *Y, a pesar de todo, ser parte*

A través de las generaciones estas moviidades adquieren improntas diferentes acorde a sus contextos y al modo en que, en base a diferentes dispositivos, lxs jóvenes adscriben o disputan lo que hay para ellxs.

Ante las estructuras prediales limitantes lxs jóvenes deben emprender sus caminos para autonomizarse económicamente, sin embargo, las familias a lo largo del tiempo, han encontrado también el modo de vincularlos a la actividad para que ‘en un futuro’ puedan desarrollar su propio camino,

A:Y en el campo por qué no da el trabajo para quedarse?

C:Y, o sea, porque no tenés ganancia, la única ganancia que tenés es la lana y el pelo, que lo vende mi papá y es plata de él porque él las cría, ¿viste? Pero si vos te quedás como ser.. si yo me quedo ahí en el campo, yo si quiero comprarme algo, yo no tengo mi plata, yo prefería buscarme un trabajo y no quedarme en el campo. Y en el campo el que quedó es el más chico, pero él lo que tenía pensado es irse, no sé, a trabajar afuera porque yo supongo que todos deben querer tener su platita. Así que en el campo están ellos dos no más. De todas maneras a nosotros sí, cuando uno es chico a nosotros nos regalaban un chivo, o sea una chiva para que tenga chivitos y nosotros tenemos.

(Entrevista con Carla, Cushamen, registro de campo, 2018).

El trabajo que se mezcla con la vida diaria cuando se es chico también crea un saber hacer que se percibe propio, que te une a lxs demás con quienes se comparte la misma procedencia y también similares formas de marcaciones, en función de formaciones de alteridad (Briones, 1998) que se inscriben en estas movilidades estructuradas,

Mis compañeros eran todos luchadores. Lo peor de eso es que yo estudié con muchos chicos de Río Chico, de Jacobacci y de Maquinchao y de Ñorquin Co. Y mis compañeros, yo lo puse en un trabajo final, abandonaron todos. Nos recibimos uno de Ñorquin co, uno de Cushamen y uno de aquí, El Maitén, el resto abandonó todo, donde no pudo seguir. Y eso para nosotros era triste, porque éramos amigos todos los de la estepa, teníamos amistad, y eso.

(Entrevista con Jorge, Cushamen, registro de campo, 2018).

Ante un mundo ajeno como pueden hacerles sentir –a quienes provienen de estas ruralidades– prácticas discursivas y no discursivas circulantes en instituciones de estudios secundarios o terciarios (Barés, 2020, 2022), el saber-hacer ligado a lo rural, que lxs jóvenes incorporan desde pequeños, permite construir otros modos de ser frente a otros, legitimantes, no subordinados.

También he hecho tareas rurales, mientras estudiaba, esquilaba ovejas y me sentía un campeón esquilando ovejas, porque acá ponele... acá se le llama lata cuando vos terminás de esquilare una te dicen ‘mirá, ganaste una lata de diez pesos’, y allá nos pagaban mucho más, y los peones de ahí eran más lentos que nosotros. Nosotros nos criamos con el tixerón de chiquitos ya manejándolo, entonces íbamos a las cabañas, le esquilábamos treinta ovejas. Capaz le sacábamos en un día nosotros y ellos estaban, capaz, una semana. Y en ese sentido nos sentíamos fuertes, fuertes.

(Entrevista con Jorge, Cushamen, registro de campo, 2018).

Por otro lado, las formas de construir sentido en base a las disputas ligadas al reconocimiento étnico también son parte del proceso de significación en el que lxs jóvenes se sienten unidos a un territorio (Barés, 2021),

...Entonces ese es el pensamiento de la gente... si vos venís de afuera sos de afuera, no le importa que vos hayas, que tu familia sea de ahí. ...Al principio yo no era de ahí y en aquel momento que yo estuve ahí no era de ahí, 'yo no pertenezco a este grupo', 'yo no quiero volver a este pueblo', pero me tiraba más el hacer por la escuela, que el sentirme parte de la comunidad. Como dos sentimientos diferentes, como que todo el tiempo me marcaban el ser de... y yo querer hacer. Y cambié, porque entendí que... con todo esto del reconocimiento mapuche pasa por ahí. Vos sabés que cuando te reconocés mapuche sabés que no sos de donde naciste, yo no soy de Bolsón, porque nací en Bolsón, yo soy de donde vengo, yo soy de donde viene mi gente, mi gente es mapuche y viene de Cushamen, mis abuelos, mis tíos, entonces yo creo que está ahí el click. (Entrevista a Julia, registro de campo, 2017).

Y sostener el vínculo, entre las idas y venidas –del estudio, el trabajo–, es fundamental. En este sentido, las movilidades físicas y virtuales, están relacionadas a las posibilidades económicas de las familias, por un lado, y a la infraestructura de cada espacialidad por otro (Barés, en prensa). Un desafío constante,

En el tiempo ese que nosotros terminamos el secundario ellos no tenían auto. Ellos se manejaban a dedo, capaz que se venían en bicicleta hasta el cruce, para venir al pueblo a comprar y venirse a dedo. Se lo compraron hace tres, cuatro años atrás. Tener su auto, pero eso es con plata de chivo, juntando ahorros, o vendiendo chivos, eso. Pero si no, no podés hacer nada. Y allá no hay señal, tenés que subir a una loma para que agarre la señal ésta que está de acá. Mi papá cuando sale al campo todas las mañanas, él tiene señal, pero lo tenés que agarrar con señal muy temprano. A veces si necesitás dejar algún mensaje, preferible dejar a la noche y no a la mañana, porque capaz que sale muy temprano y pasa de pasada a la señal, y a veces no agarra señal y a veces sí. Pero si vos le hacés un mensaje a radio nacional, y le decís que suban a la señal, ellos suben a la señal, caminando hasta tener señal. Habrá diez, quince minutos, es una subida, bajar, bajás rodando (risas). (Charla con Carla, Cushamen, registro de campo, 2018).

Así mismo, a través de las redes, ciertas publicaciones que comparten lxs jóvenes hacen sentido sobre la importancia de estas pertenencias y las reactualizan valorando el campo como un lugar desde donde poder afirmarse, en relación a diferentes clivajes, pero en donde lo rural adquiere un lugar central de relevancia.



Desahogo

Esa casita del campo... un poco deteriorada por el viento. Si no tiene historias para contar... Los pasos marcados de varias generaciones que pasaron por ahí... Los niños/as que se volvieron adultos/as y regresan cada vez que pueden con los recuerdos en la piel y la nostalgia por los que no están. Esa es la casita que aveces queda sola y otras veces se llena con las charlas y risas de los abuelos, los hijos, los nietos y los bisnietos.



Que lindas las minas simples loco!!! Que linda la mina que no sabe andar a caballo y un día decide probar, que linda la mina que a los dos días de que vio que alguien tenía boina también la quería, que linda la mina que se crio en el campo y decidió volar a la ciudad en busca de su futuro y que linda la mina que sin embargo decido quedarse y cultivar la tierra. Que linda la pueblera que se enamoró del paisano y está aprendiendo a trabajar la estancia, que linda la mina que vive en la ciudad pero se arregla paisanona pa irse a comer un asado, que linda la mina fina pero simple, la mina crota pero simple...Que linda la mina que le sonríe a las criticonas que tiene al lado! LA MINA HUMILDE SIEMPRE GARPA ❤️



Kalfü Nawel 19 h · 🌐

Vuelve al campo,
retorna a los orígenes.
Crea espacios donde respirar sin máscaras.
Pisa tierra... tierra,
muévete entre los árboles, cuanto más mejor.
No lo has olvidado. Está en ti.
Eres tierra. Eres agua. Eres fuego. Eres aire.
Vuelve a los orígenes a vivir sin miedo.
Bebe de las fuentes y juega descalza,
Vuelve al campo, a la madre Tierra.
Medita caminando o sembrando o labrando..
o simplemente espera a la mañana, sentada y con
esperanza en tu regazo.
Vive tu sueño ahora.
Conecta con los ciclos de natural.
Vuelve a la esencia de la vida.
Vuelve al campo
allí evolucionamos,
de allí venimos
y volveremos
#Mapuche
#Wallmapu
#vuelvealcampo

De esta forma, nociones como prosumidores (Toffler, 1980), o la ya clásica idea de lectura negociada propuesta por Hall (1980) pueden ser de utilidad al momento de analizar cómo las redes sociales –el posteo, los ‘like’, las comunidades virtuales que se crean a partir del seguimiento de esos posteos, los comentarios en los mismos– son parte fundamental de las prácticas culturales actuales de lxs jóvenes a través

de las que se construyen posicionamientos identitarios y afectos (Tully y Alfaraz, 2012; Balardini, s/f; García Canclini, 1990 y 1995; Lemos, 1995).

4. Concluyendo: juventudes intersticiales.

Las migraciones y movilidades cotidianas que atraviesan a las poblaciones con las que trabajamos son diversas, las hay definitivas, pero también las hay circulares, las hay rural - urbanas, pero también las hay urbano - rurales. Lxs jóvenes se trasladan a estudiar por caminos que muchas veces generaciones anteriores han andado o en los que cuentan con redes familiares, vuelven con periodicidad a sus lugares porque extrañan y no resignan el vínculo, o vuelven porque terminaron sus estudios y quieren quedarse en su comunidad, vuelven porque no consiguieron lo que buscaban o vuelven en búsqueda de otras cosas –tranquilidad, cercanía con sus afectos, con su territorio, a encontrarse con su origen u otros–, muchxs no vuelven, muchxs otrxs trabajan o estudian en otros lados pero vuelven a dormir, muchxs hacen trabajos diversos ligados a lo rural pero viven en una ciudad; muchxs nunca nacieron ni crecieron en la diversidad de lo que podemos entender como ‘lo rural’ o ‘el campo’, pero guardan un vínculo especial –tan fuerte que lxs lleva a construir sus prácticas identitarias y culturales ligadas a esto– porque sus familias sí lo hacen o lo hicieron en generaciones anteriores, pero tuvieron que irse o fueron echadas. En ese marco las jóvenes generaciones construyen intergeneracionalmente sus proyectos futuros, yéndose, quedándose y volviendo (Moretto, Hirsch y Lemmi, 2021; Hirsch, 2021). Algunxs nunca vuelven pero reactualizan ese vínculo a diario en sus formas de ser y estar en ‘la ciudad’ o ‘lo urbano’, algunxs vuelven y recuperan territorio dispuestxs a dar la vida por su pueblo, en pos de la posibilidad de ser lo que solamente el territorio puede ofrecer al estar allí, de construir el futuro que allí se ofrece.

Por otro lado, las movilidades físicas están atravesadas en nuestros tiempos de múltiples modos por las movilidades virtuales, a través de las redes sociales ofrecidas por las tecnologías de la comunicación y la información. Ambos tipos de movilidades están estructuradas por distintas relaciones de poder que crean desigualdad en el acceso, en los consumos y en las posibilidades de lecturas negociadas de esos consumos. Y así mismo, ambos tipos de movilidades generan efectos en los modos de pensarse, contarse y en las capacidades reflexivas que hacen a los procesos de subjetivación y agenciamiento (Barés).

En este sentido, las autoras de esta ponencia consideramos que no es posible pensar el desarraigo ni el arraigo del mismo modo que hace décadas atrás, que la fluidez –aunque atravesada por distintos tipos de desigualdades– propia de las configuraciones espaciales y, por

tanto, también del modo de pensarnos en estas espacializaciones modifica la forma en que se vivencian y transitan estas movilidades, este estar-siendo entre la movilidad y la fijación.

A la amenaza de la modernización en el agro como eyectora de poblaciones rurales y a la gran responsabilidad depositada sobre el hombro de lxs jóvenes como sujeto social que ‘debe retomar el hilo de lo que las generaciones anteriores consideran culturalmente importante’ pero también mientras las generaciones que lxs preceden miran, a veces con desconfianza porque ‘se distraen con cosas de afuera’ o con miedo porque sienten que ‘el campo no da para todos’, lxs jóvenes con quienes trabajamos responden de diversos modos con voz propia, torsionando las posibilidades, maniobrando en el modo de pensar y encarar sus proyectos a futuro.

Es así que considerando la movilidad que implica el arraigo de estxs jóvenes, en su vínculo práctico, corporal y emocional con el territorio, podríamos definir a estas juventudes como “juventudes intersticiales”. Retomando la categoría de Citro (Citro, 2012), creemos que si partimos de comprender a lxs jóvenes situados en una ruralidad que es multiterritorial, debemos evitar caer en reduccionismos urbanocéntricos en lo que concierne a las creaciones y usos de los estilos juveniles. No existe un flujo único de lo “juvenil” de la ciudad al campo en términos de estilos, experiencias y corporalidades, cuestión que nos retrotrae nuevamente a dicotomías rurales y urbanas, sino prácticas situadas desde movimientos rural-urbanos en las que los estilos culturales juveniles se reapropian y transforman de y desde los territorios red (rural-urbanos y virtuales). En estos territorios múltiples, podemos apreciar entonces, intersticios en los que se encuentran experiencias diversas y desiguales y es en ese espacio donde se producen nuevos conocimientos y estilos a través de prácticas creativas situadas heterogéneas, con rasgos más o menos hegemónicos, desde los cuales los sujetos construyen performativamente sus subjetividades, sus emociones, corporalidades e identidades (Hirsch, Barés y Roa).

Por ejemplo, las escuelas rurales y periurbanas son espacios intersticiales en los que confluyen estas experiencias diversas y desiguales, pero no nos referimos sólo a estos espacios materiales. Estos mismos procesos se dan en espacios virtuales, más allá de las limitaciones y desigualdades en términos de conectividad. Podemos preguntarnos entonces ¿qué tramas construyen esos intersticios? ¿qué construcciones realizan les jóvenes en ellos?

Bibliografía

Aillaud, A. (2007): *Los maestros y su historia: los orígenes del magisterio argentino*, Granica, Buenos Aires.

Ballardini, S. (2002) Jóvenes, tecnología, participación y consumo. En: *Jóvenes, tecnología, participación y consumo*. CLACSO,

- Barés, A. (2020) *Trayectorias juveniles actuales de Ñorquin-co y Cushamen: Discursos hegemónicos acerca de 'la juventud' y producción de sentido de los y las jóvenes en contextos 'rurales'*. Tesis de Doctorado en Comunicación Social, FCPyRRII, UNR, 2020.
- Barés, A. y Roa, M. L. (2020): “Hallarse” en el monte y la estepa. Corporalidades juveniles rurales. En Del Mármol, M. y Roa, M.L., *Corporalidades y juventudes. Subiendo el volumen*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Barés, A. (2022) *Ser jóvenes en la estepa. Adscripciones y disputas en las trayectorias juveniles de Norpatagonia*. Colección: Las juventudes argentinas hoy: tendencias, perspectivas y debates. Grupo Editor Universitario. Buenos Aires.
- Barés, A., Moraga, C., Nahuelquir, F., Lefiñir, J., Muñoz, M., Hube, S. (2022) “¿Por qué somos como somos?”. En “La interculturalidad en escena. Experiencias pedagógicas interculturales en instituciones de la Comarca Andina”, IFDC, Equipo de interculturalidad El Bolsón, Ediciones El Choique.
- Barés, A. (en prensa) “Puentes y ‘lock out’ de datos. Sobre necesidades, accesos y condicionantes en las movilidades virtuales de los jóvenes de Norpatagonia”. En Hirsch, María Mercedes, Barés, Aymará y Roa, María Luz (coords.) *Juventudes y Ruralidades en Argentina*. Colección Saberes, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Buenos Aires. en Hirsch, Barés y Roa, en prensa
- Bourdieu, P. y Sayad, A. (1964 [2017]): *El desarraigo*. Siglo Veintiuno editores, Bs. As.
- Crespo, C. (2008) *Políticas de la memoria, procesos de patrimonialización de los recursos arqueológicos y construcción identitaria entre los Mapuches de la Rinconada de Nahuelpán en Río Negro*. Tesis doctoral en Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Mimeo.
- Desjarlais, R. (2011). *Cuerpo y emoción. La estética de la enfermedad y la curación en el Himalaya Nepal y Cuerpo, discurso y mente*. En Cabrera, P. Faretta, F., Lozano Rivera, C. y Pepe, M.B, *Fichas del Equipo de Antropología de la Subjetividad. Alquimias Etnográficas Parte I*, Buenos Aires: OPFYL, Universidad de Buenos Aires.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ed. Grijalbo. 1990.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Ed. Grijalbo. 1995.
- Delrio, W. (2005) “Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872- 1943”, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- Hall, S. (1980) “Codificar y Decodificar”. En: *Culture, Media y Language*, London, Hutchinson, 1980. Pág. 129-139

Hirsch, M.M. (2021) “Las universidades como opción: posibilidades y elecciones de los/as jóvenes en el marco de procesos de transformación de espacios rururbanos”. Cuadernos de Educación Año XIX N° 19 / julio de 2021 pp. 101-110.

Hirsch, Barés y Roa (en prensa) (coord.) *Juventudes y Ruralidades en Argentina*. Colección Saberes, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Buenos Aires.

Kusch, R. (2000). El mero estar y 17. La encrucijada de estar no más. En *Obras completas. Tomo I*. Santa Fe: Fundación Ross.

Lemos, A. (1995) "Les Communautés Virtuelles", en Societé. Número 45. París.

Lenton, D. (2019) “¿Por qué hablar de genocidio indígena?”, Revista Maíz.

Mases, E. (2010) *Estado y cuestión Indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878 – 1930)*, Editorial Prometeo, Buenos Aires.

Massey, D. (2007) “Geometrías del poder y conceptualización del espacio”, Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 17 de septiembre.

Morduchowicz, R. (2012) *Los adolescentes y las redes sociales: la construcción de la identidad juvenil en Internet*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

Moretto, O., Hirsch, M.M. y Lemmi, S. Trabajo, educación y proyectos de futuro de jóvenes y adultos/as horticultores/as migrantes. Revista Temas Sociales 49. Bolivia - noviembre de 2021, pp. 60-85, ISSN 0040-2915

Ramos, A. M. (2010) *Los pliegues del linaje. Memorias y políticas mapuches-tehuelches en contextos de desplazamiento*, Eudeba, Buenos Aires.

Roa, M. L. (2015) *Ser-en-el-yerbal. La constitución de subjetividades tareferas en los jóvenes de los barrios periurbanos de Oberá y Montecarlo (Misiones)*. Tesis de Doctoral en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

(2017a): *Juventud rural y subjetividad. La vida entre el monte y la ciudad*. Colección Las juventudes argentinas hoy: tendencias, perspectivas y debates, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

(2017b): Subjetividades juveniles tareferas. En Gortari, Javier; Gortari, Javier; Re, Daniel, Roa, María Luz (comp.) (2017) *Tareferos. Vida y trabajo en los yerbales*, Posadas: Editorial Universitaria de Misiones.

(2018); “Injuria y Subjetividad. La constitución de subjetividades juveniles en los barrios periurbanos de Misiones”. Revista Trabajo y Sociedad, N° 30, Universidad Nacional de Santiago del Estero.

Sánchez Vilela, Rosario y Borjas, Celeste (2021) “Entre el desarraigo y la querencia. Jóvenes rurales y TIC en Uruguay. Una aproximación cualitativa”. *Redes* (St. Cruz Sul, Online), v.26, 2021. ISSN 1982-6745

Tully, C. y Alfaraz, C. (2012) “Jóvenes, espacio y tecnología. La configuración de las relaciones sociales en la vida cotidiana”. *Propuesta Educativa*, Año 21 Nro 38, p. 59 a 68, Noviembre 2012

Toffler, A. (1980) *La Tercera Ola*, Plaza & Janes Editores, Bogotá, Colombia.

Tozzini, A. (2014) “*Pudiendo ser mapuche*”. *Reclamos territoriales, procesos identitarios y Estado en Lago Puelo- Provincia de Chubut*. Tesis de Doctorado en Antropología Sociocultural, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Vazquez Wiedeman, C. y Vallejos Quilodrán, D. (2014) “Migración juvenil rural en la región de Maule, Chile. Expectativas de futuro de la nueva generación”. *Revista de Cs. Soc., DS- FCS*, vol. 27, n° 35, jul-dic - 2014, pp.31 -104.